

Cuando apenas me quedaban dos días para volver de México, todavía con ese terrible asunto llamado regalos por resolver, me pregunté en cierta ocasión...

¿Qué podrías decir al respecto de lo que has vivido aquí?

La respuesta fue pensada de forma automática: necesito tiempo.

Mi mente es un guiso en el que el agua todavía no ha hervido. Así me disculpé, aludiendo a la cocina y al tiempo. He de reconocer que al rato me mordía la boca de puro descontento: era evidente que debía exigirme un poco más.

Recordar me cuesta. No creo padecer mal alguno, mi problema con el recuerdo surge más bien de mi actitud frente a la vida. En una entrevista que Marguerite Duras le hizo a Margot Fonteyn, la bailarina afirmaba no tener ninguna nostalgia del pasado, tampoco del suyo. Ni un segundo, nunca, no tengo deseos de revivir los días en que era joven. He olvidado mi pasado. No me interesa. Las cosas que no nos interesan, se olvidan. Cuando Duras interrumpe la entrevista, es para comentar de ella: No es un optimismo, es decir una disposición natural para ver, como Candide, que todo es para mejor en el mejor de los mundos. No, es una disposición muy rara que es la de vivir en el presente. Mi idea de la vida y de sus circunstancias, hasta el momento, es un poco así. También considero que mi relación con los recuerdos está marcada por la pereza que me produce el ejercicio de recordar. Suelo sentir que pierdo el tiempo mirando atrás. El tiempo de frente, la vida en el acto inmediato de vivirla, me parece, irresistiblemente, mucho más interesante y necesaria. Me puede la impaciencia. Es una sensación similar a la que me regalan ciertas lecturas, libros tan singulares que provocan un inmediato deseo creativo y fuerzan que los abandone en pos de mi propia escritura. Las llamo lecturas suicidas. Su belleza me impide continuar leyendo. Lo único que quiero entonces es apoderarme del acto de escribir.

Cuatro meses. México ha sido un amante intenso. En cuatro meses viví en dos casas diferentes. Mantuve dos romances muy especiales. Perdí cinco tarjetas de crédito y unas gafas de pasta negra. Edité dos vídeos de larga duración, uno para una instalación de nueve pantallas y otro, monocanal, como resultado de un workshop sobre África que realicé en Hangar en julio del año pasado. Participé en la primera edición de un festival de vídeo y performance en la ciudad de Querétaro, trabajando con 35 bailarines de la Escuela Nacional de Danza. Llevé a cabo un proyecto videográfico con cuatro directores de teatro y un actor. Inicié un proyecto colectivo de videocartas con dos amigos artistas que viven en Barcelona. Impulsé la primera proyección de

HISTOIRE(s) du cinema de Godard en México (pequeñita y humilde, no obstante, pero linda), en CasaVecina, que presenté y de la cual realicé una charla y moderé un interesante debate. Asistí como espectador privilegiado a la producción del segundo festival de vídeo y artes electrónicas Transitio-Mx, organizado por el Centro Multimedia, del cual escribí una crítica que publiqué en la revista digital de arte A-desk. También viajé, claro. Fui al desierto y a la Huasteca Potosina, al Pacífico, al Golfo de México y a la selva de Lacandona, en Chiapas. Si trazara en un mapa la dirección de mis cuatro viajes dibujaría algo muy parecido a una estrella de cuatro puntas, una rosa de los vientos. México es tan grande... no podía volverme habiendo conocido solo el inconmensurable Distrito Federal.

En este apresurado resumen no trato de hacer ver una lista de contenidos, sino un

lifestyle , que no consigno únicamente a mi forma de ser o de estar, sino también a la poderosa energía que se apodera de uno nada más aterrizar. Desconozco cómo fue la residencia de otros artistas. La mía tuvo siempre el péndulo de lo extraordinario oscilando sobre mi espíritu. Nunca dejé pasar un acontecimiento por cansancio o agotamiento. Entendía que, en México, lo que me urgía era vivir cada momento en un éxtasis energético que, ahora, cuando me pongo a recordar, me parece casi sobrehumano.

Ocurre lo que esperas: la experiencia aturde. No obstante, caso particular, el aturdimiento funciona de modo inverso. No ensimisma, impulsa. Impulsa con una fuerza desconocida, que no parece salir de uno (al menos uno no la siente como propia, siempre anda achacándola a la situación, a ese estado de excepción en el que se conduce la rutina, que no ve, nunca ve, lo que tiene delante de si).

Por eso México es inconmensurable. Inenarrable.

Disfruté de las noches sin renunciar a los días. Lo que consideraba fundamental de mi curiosidad era que pretendía abarcar aspectos opuestos en una realidad cotidiana. Solo así veía posible una verdadera aproximación al entorno en el que me encontraba. Conciliar estos aspectos no me resultó especialmente difícil: perseguía esa realidad de forma intuitiva. No en balde no falté nunca, o pocas veces, a mi cita matutina en el Centro Multimedia, donde disponía de un estudio y un G4. La rutina de acudir diariamente al Centro tenía su mejor momento cuando, café en mano, que compraba en la cafetería del Centro de Capacitación Cinematográfica, repasaba mi correo electrónico, mientras mi cabeza, que aún dormitaba, comenzaba a despertarse y a pensar en tareas por hacer .

Pero tampoco me evité la nocturnidad. México es país de clóset. Esto quiere decir que la noche, que, no lo olvidemos, hace pardos a todos los gatos, se convierte en el momento idóneo para la confluencia de caracteres diversos, incluso frontalmente opuestos. Y se viven circunstancias que no serían posibles a plena luz del día. No me refiero únicamente al sexo, como se entenderá. Por ejemplo, una de mis primeras noches Eusebio Bañuelos, que trabaja en el Centro Multimedia y con el que trabé una bonita amistad, me llevó a un lugar muy especial, cerquita cerquita del Zócalo, en una de las calles laterales a la Catedral, frente al Ex-Teresa. Es un largo callejón cerrado, un amplio corredor donde los vendedores ambulantes dejan sus puestos a la noche. Al final de ese espacio hay un pequeño mostrador en el cual, por unos pocos pesos, puedes comprar latas de cerveza. Sobre ese pequeño mostrador, colgado en una pared ennegrecida, rodeado de una arquitectura tipo cobacha, que parece que en cualquier momento se hundirá, hay un gran cuadro feo feísimo. La cabeza de un hombre aparece un tanto tímida en el margen inferior del cuadro. Sobre la cabeza, a modo surrealista, un pie, con su zapato y su pierna. Y nada más.

Los vendedores que acaban la jornada pasando un rato acompañados de su cerveza dicen que ese cuadro es de alguien importante y te lo señalan orgullosos. Han hecho de esa fea imagen un signo de identidad.

El cuadro es de Francis Alÿs.

Esta experiencia solo podía ser nocturna, noctámbula, para noctófilos. Me maravilló.

Otra noche me la pasé soltando lagrimitas. Nunca había reaccionado así. He llorado al final de determinadas películas, también por cosas más trascendentes, por supuesto, pero jamás en una discoteca. En la colonia de la Roma, cerca de la glorieta de Insurgentes, una sala de baile a la que llaman Patrick Miller (en referencia al tipo de sonido que llevan, en la línea del dj de los 80 del mismo nombre) me hizo soltar lágrimas de pura emoción. Apreté los dientes varias veces, reí, grité extasiado. La gente se divide en ese espacio de música, luces y láseres de forma muy distinta a como lo haría, estoy seguro, en cualquier discoteca europea. Se agrupa en círculos concéntricos y no baila. Sólo bailan dos personas por cada tanda, en el centro del círculo. Los demás miran y esperan su turno. El baile, a diferencia de nuestra realidad discotequera, que por la multitud obliga a casi no mover el cuerpo, es espléndido: expansivo, en un sentido similar al usado por Susan Sontag para hablar de la fotografía en relación al paisaje americano. También aquí, en una sala de baile, uno puede ver esa expansión, la grandeza del continente. Los brazos se estiran hasta no poder más y las piernas golpean el espacio con una libertad que ya quisiéramos en nuestros angostados night clubs. Es el espíritu primigenio de la sala de baile, un lugar donde se iba principalmente a bailar. Nada de drogas, sexo ni, desde luego, rock&roll. High energy y el atuendo a capricho, los flecos, las botas negras, los pantalones bombachos, las hombreras, los escotes y las minifaldas, el negro de rigor y un sin fin de lentejuelas. Fascinante.

Pero México es también rockanrollero. Y darky. Mucho. Allí los skaters ya no van como los protas de las pelis de Larry Clark, sino como los nietos predilectos de Los Ramones. Algo me han contado que en Barcelona está entrando esta cosa de rular en skate con pantalones de pitillo. Y a Larry Clark ya se le ocurrió introducir protas skaters con tales pintas. Eran chicanos en Los Ángeles. El film: el primero que vi en México: Wassup Rockers.

DF: ciudad de mercados. México: país del plagio y la copia. Se copia lo inimaginable. Se carece de discreción alguna y se ostenta la calidad de la copia como un sello de marca. En los mercados (el ya famoso de Tepito, el más pequeño pero encantador de los domingos en el Chopo, también, claro, el de Sonora, especializado en asuntos de brujería, donde se dice que lo que no puedas encontrar es que no existe a éste, lamentablemente, no fui y otros muchos...) venden toda serie de imitaciones en ropa, zapatos y complementos. Hay puestos cuyo vendedor es famoso por tenerlo todo en cine. Aquí vivimos en el padecimiento de que le pirateen a Ana Belén y allí puede uno comprarse Sonata de Otoño de Bergman en cualquier calle. Luego llega a casa y ve la película. Durante los primeros 10 segundos, bajo los créditos, el copista se anuncia con orgullo: elamantedelcine@hotmail.com . Algunos hasta ponen dirección y teléfono, por si le quieres pedir la filmografía de Jean Luc Godard (me ocurrió), o mandarle flores por la calidad del copiado. En ocasiones son los propios copistas los que llevan a cabo los subtítulos. Su afán por la claridad del discurso es admirable. Recuerdo especialmente un film japonés repleto de términos locales e históricos (que me son imposibles de repetir aquí, evidentemente): el subtitulador se había preocupado de introducir entre corchetes una explicación breve de cada término, a modo de diccionario.

Es frecuente que alguien en el metro venda la discografía completa de

cualquier cantante o grupo más o menos comercial. Luego, en los mercados, puedes buscar las rarezas. El del Chopo era idóneo para los rockers, darkys, popis y demás... En el Eje Central, todo lo folclórico y... bueno, todo.

Pero no sólo de música y cine vive el copista mexicano. La copia, en México, posee un carácter, incluso, oficialista, en un lugar nunca sospechoso de plagio a pesar de su naturaleza moldeada: la escultura pública. Así, en México hay una plaza presidida por el mismísimo David de Miguel Ángel (bueno, el que está en la Piazza della Signoria en Florencia tampoco es verdadero), una glorieta a la que giras contemplando la Cibeles y un monumento que reúne señas de identidad nacional (el Ángel de la Independencia), muy parecido a otro en París, con la diferencia que el francés es Ángel de la libertad .

Que conste que estos comentarios han aparecido ahora, que estoy aquí, en España. Allí, si me hubiesen pedido hablar de México, habría balbuceado un par de tópicos y poco más.

De manera inversa a semejante velocidad vital, mi proyecto principal avanzó muy lentamente. Probablemente este sea el dato más importante para los futuros artistas becados: si ningún país es aprehensible de manera inmediata, si ninguna cultura puede ser asimilada en un chasquido de dedos, México aún menos. O tal vez es que me pudo la fascinación. Pero todos somos susceptibles de sucumbir al maravilloso influjo de lo fascinante.

Pasé dos meses medio tonto. No obstante, conseguí conformar un cuerpo inicial lo suficientemente sospechoso como para darme cuenta de que ahí tengo materia de investigación. Conté con gran ayuda. Sin ir más lejos, Eusebio, al que nunca terminaré de agradecerle cómo de una manera o de otra fue incorporando elementos que me interesaban para el proyecto en mi rutina mexicana. O Mariana Delgado, la antropóloga que organizó el ciclo de conferencias sobre comunidades transnacionales en el festival Transitio Mx, que no sólo me aportó información sobre bailes y músicas en México, sino que me puso en contacto con los sonideros , tema que había trabajado muy de cerca. También otras personas, como Karla Villegas o Ezequiel Netri, el técnico de sonido que se encargó de configurar la instalación necesaria para llevar a cabo el proyecto y con el cual espero continuar trabajando, pues, como dicen en los buenos shows nocturnos esto no ha hecho más que empezar . Todos se entregaron de manera hartamente generosa.

En definitiva, estoy profundamente agradecido porque la experiencia no puede ser más beneficiosa para un artista. Y, en este sentido, no puedo ver ni entender aspectos negativos, aunque, en matices, pudiera haberlos.

Cuando uno va conociendo las estructuras establecidas observa e intuye un proceso inexorable que puede o no disgustarle, como es el caso del color político imperante ahora en México y que, en una de sus ramificaciones, afecta ineludiblemente al futuro (no muy lejano, por lo que me contaron) del Centro Multimedia. Cambios de estrategia, de objetivos, disminución de presupuesto, banalización de las posibilidades de investigación tecnológica... El poder político, aquí o allí, suele ser muy estúpido en lo referente a la cultura y lleva esa estupidez hasta tus propias narices, importándole un pimiento la evidencia de la misma, pues al fin y al cabo la inercia la marca el peso del poder. Esa es, por lo que observé, una tendencia muy clara en México, tendencia que,

desde luego, no nos es desconocida: vivimos en un país que participa de una noción semejante en lo que a la siempre compleja relación entre poder político y cultura se refiere. Ignoro cómo afectará estos cambios de orientación a los futuros becados. Por suerte el personal del Centro es altamente competente. Trabaja con ilusión. Le echa arrostos a pesar de las limitaciones o los obstáculos. Y hay, siempre, una disposición inmejorable a colaborar o ayudar en lo que haga falta. Nunca podría quejarme del trato personal.

YOMISMO

Pablo Marte,  
Bilbao, febrero 2008